

Depravación total



Prof. David J. Engelsma

... sin mí nada podéis hacer (Juan 15:5b)

Introducción

Pocos años después de que comenzara la Reforma en 1517, un prominente erudito y eclesiástico atacó la Reforma. Por desgracia, debo reconocer que ese enemigo de la Reforma era un holandés, Erasmo de Rotterdam. No atacó la Reforma a causa de la condena del papado por parte de la Reforma, por el rechazo de la Reforma de los cinco sacramentos añadidos por Roma a los dos instituidos por Cristo Jesús, por la crítica de la Reforma a la misa, por la exposición de la Reforma de la inmoralidad del clero, o por la condena de la Reforma de muchos otros errores flagrantes de la Iglesia Romana. Erasmo atacó a la Reforma por negar que la voluntad del hombre natural es libre, es decir, por enseñar que la voluntad del hombre no salvo está esclavizada al pecado para que sea incapaz de elegir a Dios, a Cristo y al bien.

En diciembre de 1525, 8 años después de que Lutero clavara las noventaicinco tesis en la puerta de la iglesia y así comenzara la Reforma, Lutero respondió al ataque de Erasmo a la Reforma con un gran libro titulado, *La esclavitud de la voluntad*. Este es un gran libro en todos los aspectos. El mismo Lutero al final de su vida juzgó este libro como uno

de los dos o tres de sus libros que valía la pena salvar y él había escrito bibliotecas de libros. El libro es placentero y edificante. Es placentero debido al estilo vigoroso de Lutero. Es edificante debido a la doctrina de las Escrituras que Lutero enseña en el libro. Y es edificante e importante sobre todo porque en este libro Lutero indica el tema principal de la Reforma.

En el libro, Lutero felicitó a Erasmo, que solo Erasmo, entre todos los oponentes de Lutero (y para entonces eran legión), había abordado el verdadero tema de la Reforma.

Además, hay otra cosa por la cual te alabo [i.e., a Erasmo] y te exalto en gran manera: de todos mis adversarios, tú eres el único que atacó el problema mismo, esto es, la puna esencial de mi doctrina, y que no me cansó con aquellas cuestiones periféricas acerca del papado, del purgatorio, de las indulgencias y otras por ese estilo que son bagatelas más bien que cuestiones serias, con las cuales hasta el momento casi todos trataron de darme caza, si bien en vano. Tú, solamente tú llegaste a discernir el punto cardinal.⁸

¿Y qué era a juicio de Lutero el “punto cardinal”? ¡La negación de la Reforma de la libertad de la voluntad del hombre natural! La falsa doctrina de la libertad de la voluntad como lo enseñó la iglesia apóstata en ese momento, y como lo enseña la Iglesia Católica Romana aún hoy, es la enseñanza de que el hombre caído conserva la capacidad espiritual y la bondad para desear y elegir a Cristo Jesús cuando se le presenta en la predicación del evangelio. Esto la Reforma lo negó como el corazón mismo del error romano. En cambio, la Reforma enseñó que la voluntad del hombre está tan bajo el dominio de Satanás y el pecado que la voluntad del hombre solo puede rechazar

⁸ Martin Lutero, *De Servo Arbitrio*, 142. Publicado en línea por www.escriturayverdad.cl.

a Dios como Dios se revela en la creación y solo puede rechazar a Cristo Jesús como Cristo Jesús se da a conocer en las Escrituras.

Lo sorprendente de la lucha por el libre albedrío entre Erasmo y Lutero es que Erasmo tuvo cuidado de no atribuir mucho al poder del libre albedrío del pecador. Erasmo atribuyó a la voluntad del hombre inconverso solo un poco de bondad y un poco de poder. Esta fue la descripción de Erasmo del libre albedrío: “Yo concibo el libre albedrío como un poder de la voluntad humana por el cual un hombre puede aplicarse a aquellas cosas que conducen a la salvación eterna, o alejarse de la misma”.

En contraste con la poca habilidad que Erasmo atribuyó al libre albedrío, ¡cuán audaces se atreven los defensores protestantes del libre albedrío hoy! Los defensores protestantes del libre albedrío atribuyen gran bondad y poder casi ilimitado a la voluntad del pecador no salvo. Según gran parte del protestantismo actual, la voluntad del pecador es capaz de aceptar a Jesús cuando, como dicen, Jesús es ofrecido a todos en la predicación del evangelio. La voluntad es poderosa para abrir el corazón a Jesús, que está llamando frenética e impotentemente a la puerta de ese corazón. La voluntad es capaz de tomar una decisión de la cual depende la salvación, la eficacia de la muerte de Cristo, e incluso la decisión eterna de Dios a favor o en contra de un pecador. Todo depende del poder del libre albedrío. De hecho, según gran parte del protestantismo, la voluntad del pecador es todopoderosa. Es capaz de resistir la voluntad de Dios, porque, según ellos, Dios quiere la salvación de muchos, que por su oposición frustrarán y resistirán a Dios mismo.

Erasmo, por hereje que fuera, y la Iglesia Romana del siglo XVI, corrupta como era, se habrían avergonzado por la exaltación de los poderes del libre albedrío del pecador por parte de muchos protestantes de hoy.

La importancia de la esclavitud de la voluntad

Uno solo puede imaginar la violencia del lenguaje de Lutero si tuviera que lidiar con la enseñanza del libre albedrío como lo proponen muchos protestantes hoy en día.

Lutero tenía razón acerca de la importancia fundamental de la verdad de la esclavitud de la voluntad. Es básico para el evangelio de la salvación solo por gracia. Cualquier mensaje acerca de Cristo Jesús y la salvación que se base en la enseñanza de la libertad de la voluntad es otro evangelio. Es un evangelio falso. Ese no es simplemente mi juicio; es el juicio del apóstol en Romanos 9:16, la salvación “no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia”.

Esto indica la importancia de la doctrina de la depravación total, porque la verdad de la esclavitud de la voluntad es simplemente un aspecto, el aspecto *crucial* de la doctrina de la depravación total. La cuestión es esta: si pierden la verdad de la depravación total, pierden la verdad de la esclavitud de la voluntad humana. Si pierden la verdad de la esclavitud de la voluntad humana, perderán el evangelio de Cristo Jesús. Esta será nuestra preocupación en este capítulo: la importancia de la depravación total para el evangelio de la gracia.

El mundo erudito e incrédulo no entiende esto. El mundo erudito e incrédulo ataca la enseñanza de la depravación total como resultado de un defecto psicológico en lo que el mundo llama calvinistas “sombrios” o “pesimistas”. Uno podría responder, especialmente a la luz de las terribles atrocidades del siglo XX, las atrocidades del nazismo de Hitler, las atrocidades de Stalin en la Unión Soviética, las atrocidades de Mao en China y, a la luz de los horrores indescriptibles que han tenido lugar en África y en el Medio Oriente, y a la luz del hundimiento de la civilización occidental hoy en las profundidades de la

depravación al aprobar la perversidad de la homosexualidad: que aquellos que confiesan la depravación total no son pesimistas, sino realistas. La confesión de la depravación total no tiene nada que ver con una perspectiva pesimista de la vida. Más bien, la depravación total es el juicio humillante del evangelio sobre el pecador impío para que, por la gracia de Cristo obrando a través de este mismo juicio, pueda creer en Cristo Jesús y ser salvo.

Aunque esta es nuestra principal preocupación con la doctrina de la depravación total, como fue la principal preocupación de la Reforma, hay otra cuestión importante en juego en la negación de la depravación total. Este otro tema es la negación de la depravación total para atribuir a los pecadores no regenerados la capacidad de hacer obras genuinamente buenas en el ámbito de la sociedad civil en virtud de una gracia común de Dios. Se supone que esta habilidad justifica la cooperación de los creyentes con los incrédulos para establecer una cultura buena y piadosa, incluso un reino terrenal de Dios. Este fue el proyecto del teólogo holandés Abraham Kuyper en su enseñanza de la gracia común a principios del siglo XX, como lo es el proyecto de Richard Mouw en su reciente libro.⁹

La depravación total es negada por medio de una doctrina de gracia común. Aquellos que sostienen esta enseñanza sostienen que hay una gracia de Dios, muy aparte de Cristo Jesús, que permite a todos los seres humanos sin excepción hacer buenas obras, para que las personas no regeneradas puedan construir una buena sociedad. Debido a esta gracia, que permite a los malvados hacer buenas obras, la iglesia, dicen, puede y debe cooperar con el mundo incrédulo en esta gran empresa. El resultado de esta enseñanza de la gracia común y, por lo tanto, la

⁹ Richard Mouw, *He Shines in All That's Fair* [Él brilla en todo lo que es justo] (Grand Rapids: Eerdmans, 2001).

negación de la depravación total ha sido la mundanalidad de la iglesia y la pérdida de la separación espiritual entre el creyente y el incrédulo, como lo demuestran los últimos cien años.

Mi preocupación es la verdad y la necesidad de la depravación total con respecto a la esclavitud de la voluntad y, por lo tanto, con respecto al evangelio de la gracia. Una vez más, escuchemos la enseñanza de Cristo Jesús en el evangelio de Juan. Jesús enseña la depravación total en la segunda parte del versículo 5 de Juan 15: “sin mí nada podéis hacer”.

Haciendo humilde al hombre

Como si fuera una especie de redención por haber producido a Erasmo, los Países Bajos también produjeron la explicación y defensa más clara, completa y más fuerte de la doctrina de la depravación total. Me refiero, por supuesto, al Sínodo de Dordt a principios del siglo XVII, y a las decisiones doctrinales producidas por el Sínodo de Dordt, que se llaman *Cánones*. Los *Cánones* se expresan sobre el asunto de la depravación total en el tercer y cuarto encabezado, o capítulos, de la doctrina. De hecho, la frase, depravación total, no aparece en estos *Cánones*. Pero la descripción de la condición espiritual del pecador caído sin Cristo Jesús, ciertamente se expresa con precisión con la frase, depravación total.

Los *cánones de Dordt* confesaron una depravación total para resolver una controversia doctrinal y espiritual que había tenido lugar en las Iglesias Reformadas en los Países Bajos a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII. La lucha de las Iglesias reformadas en los Países Bajos que condujo al Sínodo de Dordt, y que ocasiono el trabajo del Sínodo de Dordt, particularmente con respecto a la doctrina de la depravación total, ilustra perfectamente la verdad de la insistencia de Lutero de que la esclavitud de

la voluntad, arraigada en la depravación total, es esencial para el evangelio. Los ministros y teólogos heréticos en los Países Bajos negaban la depravación total, y negaban la depravación total en interés de su enseñanza de que la salvación depende de la libre elección de la voluntad del pecador. Su evangelio corría así. Dios ama a todos sin excepción. En ese amor por todos sin excepción, Él desea sinceramente salvar a todos sin excepción. En consecuencia, Él dio a Cristo Jesús para morir por todos sin excepción. Y ahora, en la predicación del evangelio, en ese amor que Dios tiene por todos sin excepción, se ofrece a Cristo y la salvación a todos sin excepción. La salvación real del pecador, sin embargo, depende de la voluntad del pecador. El pecador debe aceptar esta oferta de Cristo Jesús, y sólo si acepta nacerá de nuevo y será salvo. Solo entonces la muerte de Cristo Jesús tiene algún poder para él, y solo entonces se lleva a cabo la elección de Dios de él para salvación.

Según aquellos que estaban enseñando este falso evangelio en los Países Bajos, cada pecador tiene la capacidad de libre albedrío porque la humanidad caída no es totalmente depravada. La caída de Adán dejó a la raza humana depravada, pero no totalmente. El hombre caído conserva la capacidad de un libre albedrío, es decir, una voluntad capaz de aceptar al Cristo ofrecido y elegir la salvación de Dios.

Toda la controversia, que convulsionó no sólo a los Países Bajos sino también a Europa, comenzó, de hecho, cuando el hereje principal, Jacobo Arminio, en un sermón sobre el capítulo siete de la epístola de Pablo a los Romanos, explicó que Romanos 7 describía, no a un hombre convertido, sino a un hombre no convertido, no a un humano regenerado, sino a un humano no regenerado. Pero Romanos 7 tiene a este hombre diciendo, “yo quiero hacer lo bueno”, e incluso, “me deleito en la ley de Dios”. Si el que habla en Romanos 7 es un hombre inconverso, no

salvo, perdido, el individuo inconverso, perdido *tiene* un libre albedrío, una voluntad que puede y elige a Dios, a Cristo y el bien.

Vale la pena señalar que dentro de los setenta y cinco años después de que Lutero escribió *La esclavitud de la voluntad* en 1525, explicando que el tema principal en la Reforma era el asunto de la libertad o esclavitud de la voluntad, las Iglesias Reformadas estaban preocupadas por la misma herejía que Lutero condenó en *La esclavitud de la voluntad*. Satanás está decidido a destruir el evangelio, y en su determinación de destruir el evangelio, Satanás está decidido a destruir la verdad de la depravación total. Él tiene un aliado en la naturaleza pecaminosa de cada uno de nosotros. La naturaleza humana encuentra objetable la verdad de la depravación total. El Sínodo de Dordt condenó la enseñanza de la libertad de la voluntad y estableció la doctrina clara y bíblicamente fundamentada de la depravación total, incluida la esclavitud de la voluntad. Acerca del hombre caído, el Sínodo de Dordt dijo esto: el hombre caído tiene “maldad, rebeldía y dureza en su voluntad y en su corazón” (Cánones III / IV: 1). Los cánones continuaron diciendo:

... Todos los hombres son... muertos en pecados y esclavos del pecado; no quieren ni pueden volver a Dios, ni corregir su naturaleza corrompida, ni por ellos mismos mejorar la misma, sin la gracia del Espíritu Santo (III/IV:3).

Pero el sínodo no tenía ningún interés independiente en esta verdad, como si un grupo de calvinistas pesimistas se reuniera en 1618 y 1619 en los Países Bajos, para frotar la nariz del hombre en el barro. Más bien, el sínodo confesó la depravación total con el propósito de defender y proclamar la salvación por la gracia soberana de Dios en Cristo Jesús. Esto se desprende del artículo 10 de los encabezados III y IV de los *Cánones*:

Pero que otros, siendo llamados por el ministerio del Evangelio, acudan y se conviertan, no se tiene que atribuir al hombre como si él, por su voluntad libre, se distinguiese a sí mismo de los otros que son provistos de gracia igualmente grande y suficiente (lo cual sienta la vanidosa herejía de Pelagio); si no que se debe atribuir a Dios, quien, al igual que predestinó a los suyos desde la eternidad en Cristo, así también llama a estos mismos en el tiempo, los dota de la fe y del arrepentimiento y salvándolos del poder de las tinieblas, los traslada al reino de Su Hijo, a fin de que anuncien las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable, y esto a fin de que no se gloríen en sí mismos, sino en el Señor, como los escritos apostólicos declaran en diferentes lugares.

En esta confesión de la depravación total, los *Cánones* solo defendían y expandían lo que anteriormente se había confesado en la Confesión belga. En el artículo 14 de la Confesión Belga, la Iglesia Reformada de las Tierras Bajas, los Países Bajos y lo que hoy es Bélgica, confiesa: “Por lo cual rechazamos todo lo que contra esto se enseña sobre el libre albedrío del hombre, ya que el hombre no es más que un esclavo del pecado, y no tiene cosa alguna de sí mismo, si no le es dado del cielo”. El artículo concluye así: “Porque no hay entendimiento ni voluntad conformes al entendimiento y la voluntad de Dios, si Cristo no los ha obrado en el hombre”.

El artículo en la Confesión Belga asegura su condena de la falsa doctrina de la libertad de la voluntad citando las palabras de Cristo en Juan 15:5: “lo cual nos lo enseña Él diciendo: ‘Porque separados de mí nada podéis hacer’”. En este texto, Cristo enseña la doctrina de la depravación total. Cristo enseña la depravación total clara y concluyentemente. Cristo está describiendo a hombres y mujeres caídos; Cristo está describiendo a *todos* los seres humanos caídos, no salvos, porque Él se está refiriendo a los seres humanos que están *separados de Él*. Estas son las

personas que no están unidas a Él por la gracia regeneradora del Espíritu Santo en el vínculo de la fe. Cristo Jesús hace pasar este juicio sobre toda la raza humana que está naturalmente separada de Él: ellos no pueden hacer nada.

Jesús estaba enseñando que los hombres que están separados de Él no pueden realizar buenas obras. Esto es lo que Jesús quiso decir con nada: nada que agrade a Dios; nada que Dios apruebe; nada que Dios llame bueno. Por lo tanto, los hombres no pueden hacer nada que sea bueno, porque solo lo que es aprobado por Dios es bueno.

Obviamente, los seres humanos pueden hacer muchas cosas terrenales sin Cristo Jesús. Pueden comer y beber; pueden trabajar y dormir; ellos construyen civilizaciones; pueden hacer muchos inventos; pueden adorar ídolos; pueden tomar el nombre de Dios en vano; pueden profanar el día de reposo; pueden negar la doctrina de la depravación total, y pueden hacer muchas otras cosas más. La unión con Cristo no es necesaria para *estas* actividades.

El contexto en Juan 15 muestra que Jesús se refirió al “dar fruto” de sus discípulos, lo que glorifica a Su Padre celestial. “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Juan 15:4). Después, Él dijo, “separados de mí nada podéis hacer”. La fructificación es la realización de *buenas* obras. Con respecto a las *buenas* obras, nadie que esté separado de, o sin, Cristo Jesús puede hacer nada en absoluto.

Estas buenas obras que nadie puede hacer sin Cristo Jesús consisten en el aspecto externo de nuestras obras, ese aspecto de nuestras obras que nosotros y otras personas vemos: fidelidad a la esposa o esposo de uno; asistir a la iglesia; honestidad en los negocios; dar dinero a la caridad;

escribir un buen libro; dar un discurso; asistir a una conferencia reformada; el canto de Salmos. Pero también se incluye el aspecto interno de la obra, lo que otros seres humanos no pueden ver: la actitud y el motivo del corazón hacia Dios y hacia el prójimo; el pensamiento de la mente; los deseos y propósitos de la voluntad. Este aspecto interno también es parte de cada obra que hace un ser humano.

Los hombres y mujeres caídos, Jesús enseña, no pueden hacer *nada* bueno. Las palabras de Jesús son una condenación total de las obras de los hombres, es decir, las obras de los hombres que están separados de Cristo Jesús. Todas las obras de todos estos hombres son pecaminosas, y todas las obras de todos los hombres son *totalmente* pecaminosas. Si las obras no son buenas, son malas, son pecaminosas. Jesús no dijo: “Sin mí no podéis hacer mucho, sin mí sólo podéis hacer muy poco”, sino más bien, “separados de mí *nada* podéis hacer”. Toda la obra es pecaminosa, el aspecto interno y el aspecto externo. No hay absolutamente nada bueno en las obras de los seres humanos separados de Cristo.

Cuando las personas se oponen a la doctrina de la depravación total e insisten en que los hombres separados de Cristo todavía son capaces de hacer algo bueno, son tan audaces que contradicen a Cristo Jesús mismo. Esta oposición se encuentra entre las iglesias y teólogos presbiterianos, reformados y nominalmente calvinistas. Casi toda la comunidad calvinista insiste en que los hombres y mujeres que no son regenerados y, por lo tanto, en el lenguaje de Juan 15:5, separados de Cristo Jesús, pueden hacer algo bueno y, de hecho, realizar algunas buenas obras. Estas iglesias y teólogos se ponen en contra de esas pocas iglesias, ministros y personas que niegan que los seres humanos caídos sean capaces de hacer algún bien con el reproche, “hipercalvinistas”, “extremistas”. En sus escritos, conversaciones, conferencias e incluso decisiones sinodales, la comunidad reformada prácticamente

excomulga a aquellos que mantienen la depravación total de la koinonía de la comunidad reformada.

Esto es extremadamente extraño. Es extremadamente extraño que la comunidad reformada condene a las iglesias por enseñar que todas las obras de personas no regeneradas son pecaminosas, pecaminosas por completo. La depravación total del hombre natural era, como Lutero enseñó al protestantismo en *La esclavitud de la voluntad*, el tema de la gran lucha de la Reforma. Cada credo reformado enseña la depravación total del hombre no regenerado. Cada credo reformado y presbiteriano enseña que el hombre natural es incapaz de hacer *algo* bueno.

Qué extremadamente engañoso y vergonzoso que casi toda la comunidad reformada, para justificar su grave desviación de esta verdad fundamental del evangelio, corrompa el lenguaje. (La corrupción del lenguaje en aras de enseñar la mentira siempre ha sido la característica y táctica del modernismo teológico). “Nosotros creemos en ‘la depravación total’”, dice la comunidad reformada. “Pero entendemos por ‘depravación total’ simplemente que cada parte del ser humano caído es malvada y depravada. Parte de él es su mente; eso es en parte depravado. Parte del hombre es su voluntad; eso es en parte depravado. Parte del hombre son sus sentimientos; sus sentimientos son en parte depravados. Parte del hombre es su cuerpo; su cuerpo es parcialmente depravado. Debido a que cada parte de él es parcialmente depravada”, dicen ellos, “enseñamos la depravación total”.

El ejemplo que ilustra lo que la comunidad reformada entiende por “depravación total” es este: Hay una canasta de manzanas, y cada manzana en esa canasta está parcialmente podrida, pero también cada manzana en la canasta sigue siendo parcialmente sana o buena.

Consideremos lo que esta explicación de la depravación total implica con respecto al hombre natural o

no salvo. Si la depravación total ahora simplemente significa que cada parte del hombre está manchada por la maldad, pero que cada parte del hombre aún conserva algo de bondad, la *voluntad* del hombre aún conserva algo de bondad, todavía tiene alguna habilidad, de hecho, la capacidad de elegir a Cristo cuando Cristo es presentado en el evangelio.

Esta explicación de la depravación total por parte de la comunidad reformada no sólo es la negación de la enseñanza bíblica y del credo de la depravación total, sino que también es una degradación deshonrosa del lenguaje. Esto no es lo que la iglesia reformada quiso decir con depravación total: que cada manzana en la canasta está parcialmente podrida. Lo que la fe reformada siempre ha querido decir con depravación total es que cada manzana en la canasta está completamente podrida, y que no hay absolutamente un pedazo bueno en ninguna de las manzanas en absoluto. Toda la mente del hombre se oscurece, y toda la voluntad del hombre está en rebelión. Todos sus sentimientos son desordenados, y su cuerpo es completamente el agente de su duro corazón como un siervo de la iniquidad.

La explicación de la mayoría de los de la comunidad reformada de la depravación “total” no es lo que queremos decir con la palabra “total” en nuestro lenguaje cotidiano. Supongamos que te debo tres facturas, tres deudas, y pongo un cheque en el correo con una carta. La carta dice: “Aquí está el pago total de mi deuda”. Pero cuando examinas el cheque, descubres que el cheque cubre parte de cada una de las tres deudas. No tengo ninguna duda de que me educarías en cuanto al significado de la palabra “total” a toda prisa. Total, significa completo, cada centavo de la deuda, y esto es lo que significa la palabra total en la confesión de la iglesia de la depravación total.

No estamos abrumados por el reproche de la comunidad reformada por confesar la depravación total.

Este es un reproche que con gusto soportamos por causa de Cristo Jesús. Nuestro Señor dijo, “separados de mí nada podéis hacer”, y nuestra confesión de depravación total es simplemente la confesión de esta enseñanza del Señor.

Y los apóstoles de Jesús, los discípulos a quienes Él les enseñaban la depravación total en Juan 15, fueron fieles a la enseñanza del Señor concerniente a la depravación total del hombre natural. En Romanos 3:10-18, el apóstol pasa sobre los hombres caídos la devastadora acusación de que “No hay quien busque a Dios... No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”, citando el Salmo 14. II Corintios 3:5 niega que seamos suficientes por nosotros mismos incluso para pensar algo que sea bueno.

Efesios 2:3 confiesa que los hombres no salvos son carnales, es decir, pecaminosamente corruptos. Romanos 8:7-8 enseña que “los designios de la carne son enemistad contra Dios”, y que “los que viven según la carne” (“según la carne”, es la descripción de Pablo de las personas no salvas, las personas no regeneradas, *todas* las personas no regeneradas, no solo los habitantes de los barrios marginales, sino también los aristócratas que beben té levantando sus meñiques en el aire, todos los seres humanos separados de Cristo Jesús) “no pueden agradar a Dios”.

Toda esta abrumadora descripción apostólica de la depravación total no es más que una explicación adicional de las palabras de Jesús en Juan 15:5: “separados de mí nada podéis hacer”.

En el texto, Jesús enseña que los hombres son *incapaces* de hacer algo bueno. Aquí hay mucho más que solo una condena de las obras del hombre. Jesús condenó al hombre mismo. La *Incapacidad* para hacer lo bueno se refleja sobre la naturaleza del hombre, lo que somos, cuerpo y alma. La verdad de la condición espiritual del hombre por naturaleza sale a relucir en la figura que Jesús usa en Juan

15: la figura de la vid y los pámpanos. Un pámpano que está separado de la vid es un palo muerto en el suelo. Un palo muerto en el suelo no produce ningún fruto, y no produce ningún fruto porque no *puede* producir ningún fruto. La naturaleza de la rama separada de la vid es el problema. Lo mismo ocurre con todos los seres humanos, incluido nosotros por naturaleza.

Cuando Adán pecó, se separó de Dios, el bueno y la fuente de toda bondad. Sí, y Dios castigó a Adán desterrándolo de Sí mismo, particularmente de Dios revelado en el árbol de la vida. Adán perdió la bondad con la que Dios lo había creado. Adán perdió todas las habilidades espirituales con las que fue capacitado y ennoblecido por su creación. La naturaleza de Adán se volvió impía. Todo su ser humano se volvió incapaz de cualquier bien. Adán murió espiritualmente. Adán era un palo muerto en el suelo en el paraíso, separado de la vid, que es Dios.

Porque Adán era la cabeza de la raza humana, como dice Romanos 5:12ss. Todo ser humano viene al mundo depravado por la naturaleza, incapaz de cualquier bien. Ese es el testimonio del Salmo 51:5: "He aquí, en maldad he sido formado, Y en pecado me concibió mi madre". Cada ser humano viene al mundo por concepción natural y el nacimiento es un palo muerto, y la muerte es la misma palabra y realidad que la Escritura usa para describir la condición de depravación total: "muertos en delitos y pecados" (Efesios 2:1).

Este es el juicio humillante de Jesús sobre cada ser humano. Este es Su juicio humillante sobre nosotros.

Este juicio de Jesús sobre nosotros es resistido; resistido vigorosamente. No voy a mencionar ahora la resistencia a él por parte del mundo incrédulo, pero llamo la atención sobre la resistencia a este juicio sobre la raza humana por parte de los cristianos nominales. Este juicio es resistido por la enseñanza del modernismo sobre la bondad

del ser humano. El modernismo hace que la gracia de Dios y la expiación de Cristo Jesús sean completamente innecesarias para la realización de buenas obras e incluso para el cumplimiento de la salvación. El modernismo se jacta de que podemos hacer todas las cosas *separados de* Cristo Jesús.

El juicio de Jesús es resistido también por el error más sutil del libre albedrío. Esta es la enseñanza de que, aunque el pecador es incapaz de hacer mucho bien, todavía tiene la capacidad de elegir a Cristo Jesús, o tomar una decisión por Cristo, o abrir su corazón para dejar que Jesús entre. Es decir, tiene la capacidad de creer en Cristo Jesús cuando se le presenta en el evangelio. Y de acuerdo con el sutil error del libre albedrío, de este acto del libre albedrío depende la salvación del pecador. Dios salvará al pecador, Dios lo unirá a Cristo, Dios lo llevará al cielo, si solo el pecador ejerce su libre albedrío para aceptar y elegir a Cristo Jesús.

Los Arminianos en Dordt fueron extremadamente sutiles en su presentación de este error, tan sutiles que me encuentro maravillado por la presencia y la sabiduría del Espíritu de Cristo en ese sínodo. Los arminianos no enseñaron simplemente que el hombre naturalmente tiene un libre albedrío que es capaz de creer en Cristo Jesús. Los arminianos decían que el hombre no tiene la capacidad en sí mismo para creer en Cristo Jesús. Pero enseñaron que Dios da Su gracia a todos los seres humanos por igual, para permitir que todos los seres humanos creen en Cristo Jesús, si tan solo lo desean. Ellos admitieron que el hombre caído necesita ayuda para creer, la ayuda de la gracia de Dios. Pero, según ellos, la gracia de Dios es común a todos, dando esa ayuda y permitiendo a todos creer en Jesús. Pero todavía depende de la voluntad del pecador si se valdrá de esa ayuda de la gracia de Dios y elegirá creer en Cristo Jesús.

Tal es la importancia de esta noción de libre albedrío, que es la pieza central del otro evangelio en vez del evangelio de la gracia. Toda la obra salvadora de Dios depende del libre albedrío del pecador. Dios, según este evangelio, no salva al pecador. Dios no salva a un solo pecador. Dios solo ayuda al pecador a salvarse a sí mismo. El evangelio del libre albedrío no es el evangelio de la gracia, sino un evangelio de la propia obra del hombre. La obra grande, gloriosa y decisiva de unirse a Cristo y, por lo tanto, con Dios, es la obra del hombre mismo.

Esta es la razón por la que Lutero escribió lo siguiente sobre la doctrina del libre albedrío ya cuatro años antes de escribir *La esclavitud de la voluntad*. En 1521, él escribió una pequeña obra llamada *Defensa y explicación de todos los artículos*. Noten la vehemencia con la cual Lutero condenó el error del libre albedrío.

Este error sobre el libre albedrío es una doctrina especial del anticristo. No es de extrañar que se haya extendido por todo el mundo, porque está escrito de este anticristo que seducirá al mundo entero. Solo unos pocos cristianos serán salvos (II Tesalonicenses 2:10). ¡Ay de él!¹⁰

Cristo Jesús niega esta capacidad de libre albedrío: “separados de mí nada podéis hacer”. Estas palabras significan: “Sin mí, no puedes elegirme, no puedes venir a mí, no puedes creer en mí”. Todo lo que la voluntad del pecador puede hacer es rechazar a Cristo y elegir el pecado, la muerte y el diablo. La voluntad del hombre caído elige el pecado, la muerte y el diablo voluntariamente. No está limitado por alguna fuerza externa para hacerlo. Pero la voluntad del hombre natural elige necesariamente contra

¹⁰ Traducido directamente de la versión en inglés de este libro.

Cristo, porque la voluntad del hombre natural está en esclavitud; es un esclavo.

El juicio de Jesús en Juan 15:5 también es resistido por la enseñanza de la gracia común. La doctrina de la gracia común enseña que hay una operación misericordiosa de Dios en los corazones de todos los hombres que restringe el pecado en ellos y les permite hacer algo verdaderamente bueno, en la estimación de Dios, en la vida cotidiana y terrenal. La doctrina de la gracia común niega la depravación total: nadie es totalmente depravado, nadie es incapaz del bien, excepto quizás Adolf Hitler y Iósif Stalin. En virtud de la gracia común, todos los humanos ahora tienen alguna habilidad para el bien, y todos los humanos hacen algo bueno.

La refutación a esta doctrina popular entre los reformados y presbiterianos es simplemente las palabras de nuestro profeta y maestro principal, Cristo Jesús: “separados de mí nada podéis hacer”. Los incrédulos están sin, o separados de, Cristo Jesús. Y Jesús dijo que en la separación de Él los hombres no pueden hacer nada, ya sea por luz natural, o por gracia común, o por alguna bondad innata del hombre. Sólo aquellos que están en Cristo, como un pámpano está en una vid, pueden hacer algo.

Estas no son las palabras de Martín Lutero, o de los calvinistas pesimistas, o de los hipercalvinistas, sino de Cristo Jesús.

El aparente bien, hecho por los incrédulos es pecado. Agustín llamó a estos actos aparentemente nobles de los paganos “vicios brillantes”. Que las aparentes buenas obras de los hombres no regenerados son en realidad pecados, y por qué son pecados, la *Confesión de Westminster* enseña:

Las obras hechas por personas no regeneradas, aunque por su esencia sean cosas que Dios manda, y sean de buen uso para ellos mismos y para otros; sin

embargo, puesto que no proceden de un corazón purificado por medio de la fe, no son hechas de manera correcta de acuerdo con la Palabra, ni para un fin correcto, el cual es la gloria de Dios. Por lo tanto, estas obras son pecaminosas y no pueden agradar a Dios, ni hacen que una persona sea apta para recibir la gracia de Dios; y no obstante, su descuido de las buenas obras es más pecaminoso y desagradable delante de Dios. (16:7).

Cuando la doctrina de la gracia común incluye la enseñanza de que Dios ama a todos los hombres y tiene el deseo de salvar a todos y que expresa y trata de realizar este deseo mediante una oferta misericordiosa de salvación a todos en el evangelio de Cristo, como es la enseñanza del Banner of Truth [Estandarte de la Verdad] en el Reino Unido, la doctrina de la gracia común es, en principio, la herejía del libre albedrío. Porque es la doctrina de la gracia universal (gracia para todos los hombres sin excepción, al menos todos los hombres que escuchan el evangelio) que falla en salvar a todos a quienes se extiende. La doctrina de la gracia (salvadora) universal, resistible es, como tal, la herejía del libre albedrío.

¿Qué entienden los pecadores cuando un Iain Murray o un David Silversides les dice, “Dios los ama a todos con un amor en Cristo Jesús que desea salvarlos, y Dios ahora en el evangelio les ofrece la salvación a todos”, y luego les ruega que acepten la oferta? Lo que los pecadores entienden, y estos predicadores les enseñan a entender, es que su salvación depende de ellos, que su salvación depende de su elección, su voluntad, su aceptación de la oferta.¹¹

Este es el punto de vista de la predicación que los arminianos defendieron en Dordt. Los defensores del falso

¹¹ Ver Iain H. Murray, *Spurgeon v. Hyper-Calvinism* (Edimburgo: Banner, 1995) y David Silversides, *The Free Offer: Biblical & Reformed* (Gran Bretaña: Marpet Press, 2005).

evangelio del libre albedrío describieron su punto de vista de la predicación con estas palabras:

A quien Dios llama a la salvación, Él llama seriamente, es decir, con una intención y voluntad sinceras y completamente no hipócritas de salvar; ni aceptamos la opinión de aquellos que sostienen que Dios llama externamente a ciertos a quienes Él no quiere llamar internamente, es decir, como verdaderamente convertidos, incluso antes de que la gracia del llamado haya sido rechazada.

No hay en Dios una voluntad secreta que contradiga tanto la voluntad de Él mismo revelada en la Palabra que según ella (es decir, la voluntad secreta) Él no quiera la conversión y salvación de la mayor parte de aquellos a quienes Él llama e invita seriamente por la Palabra del Evangelio y por Su voluntad revelada (La opinión de los remonstrantes [es decir, Arminianos] con respecto a los artículos tercero y cuarto, sobre la gracia de Dios y la conversión del hombre.¹²

Si uno no supiera que los autores de esta concepción de la predicación fueron los arminianos del siglo XVII, Episcopio y su gente, uno supondría que los autores fueron los teólogos del Estandarte de la Verdad.

De hecho, los Arminianos en Dordt eran más conoedores, o más honestos, que los hombres del Estandarte de la Verdad. Como indicaba su descripción de la predicación, los arminianos reconocieron que la doctrina reformada de la predicación (que los arminianos rechazaron) sostiene que Dios llama a algunos sin una intención sincera y voluntad de salvarlos; que Dios llama

¹² Peter Y. De Jong (ed.), *Crisis in the Reformed Churches: Essays in Commemoration of the Great Synod of Dort, 1618-1619* [Crisis en las Iglesias Reformadas: Ensayos en Conmemoración Del Gran Sínodo de Dort] [Grand Rapids: Reformed Fellowship, Inc., 1968], pp. 226-227).

“externamente” a ciertos a quienes no quiere llamar “internamente”; que el llamado externo no se emite en gracia para todos; y que hay en Dios una voluntad secreta (conocida como reprobación, una palabra que rara vez se encuentra en los escritos de los hombres del Estandarte de la Verdad) según la cual Él no quiere la conversión y salvación de muchos a quienes llama seriamente por la predicación del evangelio. Esta era, y sigue siendo, la doctrina ortodoxa reformada de la predicación del evangelio. Los arminianos entendieron bien esto y lo rechazaron. Los hombres del Estandarte de la Verdad, ya sea por ignorancia o malicia, llaman a esta doctrina de predicar hipercalvinismo, y la rechazan también.

La doctrina de una gracia común que consiste en una gracia universal de Dios en el evangelio implica necesariamente que la salvación depende de la voluntad del pecador. Si Dios ama a todos por igual, sinceramente desea salvar a todos por igual, y, en esta gracia, ofrece salvación a todos por igual, lo que explica la salvación de algunos, a diferencia de otros, no es la gracia de Dios, porque Su gracia viene a todos por igual. Lo que explica la salvación de alguien debe ser algo en el pecador, es decir, su voluntad.

Contra esta forma de mentira del libre albedrío también están las palabras de Jesús, “separados de mí nada podéis hacer”.

Exaltar a Cristo Jesús

Con esta palabra, Jesús humilla completamente al hombre. Él quita la salvación completamente del poder del hombre. Él deja al hombre pecador completamente indefenso con respecto a la salvación.

El propósito de Jesús es exaltarse a Sí mismo, revelar que la salvación está únicamente en Su poder, y hacer que los suyos confíen solo en Él para la salvación.

Cuando Jesús dijo: “separados de mí nada podéis hacer”, Él se exaltó a Sí mismo. Él hizo el mayor reclamo para Sí mismo: Él y solo Él es la fuente de toda bondad en el mundo; Él y solo Él es luz espiritual y vida espiritual. Si los hombres pueden hacer el bien solo en unión con Cristo Jesús, Cristo Jesús es la única fuente del bien. Jesús es la vida viva y vivificante, que produce fruto en sus ramas.

Cristo Jesús es la habilidad, del dínamo, de toda bondad *por nosotros*.

Esto es cierto, primero, porque personalmente Jesús es el Hijo eterno de Dios en el mundo. Solo Dios es bueno, y la fuente de todo bien.

Segundo, Jesús es la fuente del bien porque, por Su muerte y resurrección, Él ha sido la fuente de vida espiritual y bondad en un mundo de asesegada muerte espiritual y maldad. Esta vida y bondad Él la da a los suyos. Él nos eleva de nuestra condición natural de muerte espiritual a la vida espiritual, nos une a Él por el vínculo de la fe (unión mística) y, a través de este vínculo (este injerto), nos otorga la gracia y el poder de Su Espíritu para que hagamos el bien y llevemos fruto.

En Él, podemos hacer algo. En Él, debemos hacer algo. En Él, no podemos dejar de hacer algo. En Él, podemos y debemos y no podemos dejar de dar el fruto de las buenas obras. Incluso entonces, siempre es Cristo Jesús quien es nuestra capacidad para hacer el bien. Separados de Él, no podemos hacer nada. Debemos permanecer en Él.

Esta es la razón por la cual la Reforma luchó por la depravación total, particularmente la esclavitud de la voluntad. Esta doctrina exalta a Cristo Jesús. Por otro lado, la doctrina de la capacidad y bondad del hombre, separado de Cristo, resta valor a Cristo e invariablemente resulta en el falso evangelio de que el hombre se salva a sí mismo.

Ahora entendemos el celo de Lutero en La Esclavitud de la Voluntad en su controversia con Erasmo sobre la libertad o esclavitud de la voluntad:

Por esto yo te digo, y te ruego que lo guardes en lo más profundo de tu mente: para mí, la cuestión que estoy tratando en este pleito es una cuestión seria, necesaria y eterna, una cuestión tal y tan grande que para confesarla [assertam] y defenderla no se ha de retroceder ni ante la muerte misma, aun cuando el mundo entero no solo se vea envuelto en conflicto y tumulto, sino se derrumbe en un solo caos y quede reducido a nada.¹³

Hay dos implicaciones importantes de la verdad de la depravación total, como la enseñó Jesús en Juan 15:5. La primera es que todo lo bueno que hay en nosotros y todo lo bueno que hacemos es *de Cristo*. Es un regalo, no un mérito. Es de gracia, no de la naturaleza. No hay lugar en nuestra vida, por lo tanto, para alardear. Más bien, todo nuestro bien es razón para más alabanza a Cristo y más agradecimiento a Cristo.

Nuestra actividad espiritual y las buenas obras no ganan, no obtienen la salvación, no nos hacen dignos de la gracia y la salvación, no son condiciones para la salvación. Ellos son fructíferos, el producto de la unión salvadora con Cristo.

La segunda implicación es que nuestra unión con Cristo, que es el comienzo mismo de la salvación, no es nuestra obra. Ni siquiera se debe a nuestra cooperación con Cristo. Más bien, nuestra unión con Cristo es la obra libre, misericordiosa y soberana de Cristo en nosotros. No podemos, por nosotros mismos, elegir, aceptar, abrir nuestro corazón, tomar una decisión por Cristo, o creer. No podemos, por nosotros mismos, *desear* aceptar, abrir nuestro corazón, tomar una decisión por Cristo, o creer.

¹³ Lutero, *De servo arbitrio*, p.18

Esto no es más posible para nosotros, como somos por naturaleza, de lo que es posible para un palo muerto en el suelo adoptar la noción de unirse a la vid y luego saltar y adherirse a la vid. De hecho, nuestra condición por naturaleza es peor que la del palo muerto. El palo muerto no odia la vid. Nosotros sí.

Cristo debe unirnos a sí mismo en la unión mística por la poderosa obra de su Espíritu. Cristo debe regenerarnos. Cristo debe abrir nuestro corazón. Cristo debe iluminar nuestra mente. Cristo debe liberar nuestra voluntad atada. Cristo debe atraernos. Cristo debe obrar fe en nosotros.

Entonces nosotros venimos, creemos y elegimos.

Habiendo venido, permanecemos en Él y damos fruto.

Nuestra permanencia en Él y la fructificación fueron el propósito de Jesús con Su instrucción en Juan 15:5. Él nos enseñó que no podemos hacer nada separados de Él para motivarnos a prestar atención a Su exhortación en el versículo 4 de “permaneced en mí”, para que produzcamos fruto en una vida de buenas obras. Cristo estaba hablando a sus discípulos en Juan 15, a aquellos que estaban unidos a Él y que, por lo tanto, estaban dando fruto. A ellos Él dio instrucciones concernientes a la depravación total. Los discípulos de Cristo necesitan conocer la verdad de la depravación total.

Necesitamos conocer la verdad de la depravación total para que seamos humillados. La depravación total nos humilla con respecto a todas nuestras habilidades y logros terrenales. Separados de Cristo, no valen nada a los ojos de Dios. La depravación total nos humilla con respecto a nuestros dones y acciones espirituales. No son nuestros, sino el fruto de Cristo en nosotros. La depravación total nos humilla con respecto a nuestra actitud hacia los impíos e inmorales. La única diferencia entre ellos y nosotros es la

gracia de Dios hacia nosotros. Como el apóstol nos recuerda en Tito 3:3: “nosotros también éramos en otro tiempo insensatos”. La depravación total nos humilla con respecto a nuestra salvación. Nuestra salvación no fue y no es nuestra propia obra, sino la obra de Cristo, total y exclusivamente. La salvación es solo por gracia. A la luz de la palabra de Jesús en Juan 15:5, vive en el alma de nosotros que somos salvos un ¿Por qué yo? Una pregunta que el defensor del libre albedrío nunca hace.

Necesitamos conocer la verdad de la depravación total, en segundo lugar, para glorificar a Dios. Dios salva a los pecadores, cuya condición natural es que no podemos hacer nada bueno, nada que agrade a Dios, nada que nos gane o nos haga dignos de salvación, nada que contribuya a la salvación, nada de lo que dependa la salvación. Dios salva, no de acuerdo con la voluntad, la dignidad o la obra del pecador, sino de acuerdo con Su propia voluntad misericordiosa, es decir, la elección.

Tercero, necesitamos conocer la verdad de la depravación total, la verdad de *nuestra propia* depravación total por naturaleza, para que prestemos atención a la exhortación de Cristo a permanecer en Él. ¡Oh, cuán grande es siempre la tentación de alejarnos de Cristo y depender de nosotros mismos! Por esta palabra en Juan 15:5, Cristo nos llama: ¡Quédate conmigo! ¡Cerca de Mí! ¡Siempre más cerca de Mí! ¡En fe viva! ¡En una verdadera iglesia, que me proclama a Mí y a Mi gracia! ¡En el uso diligente de la predicación del Evangelio y los sacramentos! ¡En oración! ¡En un diario caminar Conmigo!

Separados de Cristo, no podemos hacer nada. Separados de Cristo, uno es una rama muerta, que no da fruto. Separados de Cristo, existe el juicio de Dios sobre aquellos que profesan ser miembros de Cristo y de Su iglesia, pero no lo son, manifestando su separación espiritual de Cristo por su fracaso en dar fruto. “El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se

secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden” (Juan 15:6).

Necesitamos conocer la verdad de la depravación total también para que tengamos confianza. Esta es, primero, la confianza de nuestra propia salvación. El bien que veo en mi vida, especialmente la unión con Cristo y la venida activa a Cristo por fe, así como el fruto de la confesión de la verdad y de la obediencia a la ley desde el corazón, es una evidencia segura de mi salvación. Los hombres y mujeres no salvos, cuya condición natural es que no pueden hacer nada, no creen en Cristo o aman a Dios y al prójimo.

Segundo, nuestra confianza es certeza con respecto a nuestra vida cristiana activa de obediencia a Cristo. Estamos seguros de que, independientemente de las dificultades y obstáculos, de hecho, independientemente de nuestras propias debilidades, seremos capaces de hacer lo que Cristo nos llama a hacer en la vida. Estamos seguros de que podemos llevar a cabo todas las tareas, cumplir con todos los deberes, llevar todas las cargas y soportar cada dolor. Aparte de Cristo, no podemos hacer nada. Pero *en Él, permaneciendo* en Él, podemos hacer todas las cosas (Filipenses 4:13).